



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 32.

JUEVES 16 DE OCTUBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL ORIENTE: La India, por Augusto Ferrán.—SOR MARTA MARIA: historia holandesa. (Continuacion).—EDMUNDO Y SU PRIMA. (Continuacion).—EL ALUMBRADO DE GAS, por Gerónimo Lobo y Casals.—EL OSO BLANCO, por Buffon.—CRISTINA, reina de Suecia.—A LOS MARTIRES DE SIRIA, oda por M. Ossorio y Bernard.—ACTUALIDADES.—MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela.

EL ORIENTE.

LA INDIA.

El Oriente que en su actual decadencia conserva los imperecederos recuerdos que, exaltando la imaginacion la llevan por desconocidos senderos á los mas remotos tiempos; el Oriente, cuna de la humanidad entera, fuente del saber humano, ha llamado con justa razon en el presente siglo, la atencion de los pensadores que buscan en las primeras creaciones de los hombres un rayo de luz que ilumine la sociedad actual.

Filósofos, historiadores, poetas y cuantos quieren descubrir nuevos arcanos en las ciencias, las artes y la literatura y la primera civilizacion de los pueblos, viendo que eran insuficientes los datos que los griegos y los romanos dejáran de las naciones primitivas, cuya historia puede ser de tanta utilidad para las naciones modernas, han vuelto la vista hácia el Oriente, la han fijado allí, y deslumbrados por tan admirables creaciones, han presentado á la Europa culta las obras mas notables de que diera jamás testimonio la inteligencia del hombre. Y si aquella region ha sido quizás para muchos como un mundo fantástico de las *Mil y una noches*, hoy que la civilizacion moderna todo lo examina y analiza, hoy está fija en la India, la China y la Arabia la atencion no solamente de los sábios sino de los mas célebres políticos, de los gobernantes de las principales potencias de Europa.

Siendo, pues, de gran utilidad el conocimiento de la civilizacion oriental, ¿qué medios

deben emplearse para seguir paulatinamente su desarrollo en el transcurso de los siglos? Si es una verdad incontestable que en particular *el estilo es el hombre*, ¿cuánto mas verdadero que la literatura en general, es el fiel espejo del pueblo en que naciera, es el pueblo mismo, dando á la palabra literatura una significacion amplia, que comprende todas las obras notables del ingenio humano!

Si queremos, pues, esplicarnos cómo se ha desarrollado la civilizacion en los pueblos de Oriente hasta nuestros dias, en una palabra, lo que fueron en lo pasado y lo que hoy son, abramos sus libros de teología, de historia, de poesía, de ciencias, mezcla casi incomprensible de lo sublime y lo trivial, lo divino y lo fabuloso, y en ellos encontraremos el fiel retrato de los indios, de los chinos, de los hebreos, de los árabes, de los persas y de los turcos.

Desde las épocas mas remotas, vemos que en Oriente, como en todas las naciones de la tierra, se han sucedido numerosas revoluciones; por lo cual vastísimos y prepotentes imperios se han repartido aquellas regiones desde hace cuatro mil años. Las mas pasaron dejando en pos de sí tan solo tinieblas, como el antiguo imperio de Babilonia, cuya legislacion se ha conservado en parte en los escritos de Zoroastro, y del cual creen hallar vestigios los sábios en las inscripciones de Babilonia y de Persépolis. Lo propio sucedió al imperio de los Faraones, que al sepultarse bajo sus eternas pirámides, legó á la posteridad restos de una lengua figurativa que al cabo de dos mil años es casi desconocida por las inmensas dificultades que ofrece.

Mas otras naciones contemporáneas de aquellas grandes potencias, han resistido á todas las revoluciones que en el transcurso de cuarenta siglos las han fuertemente conmovido. Principalmente la India y la China aparecen por decirlo así inmóviles desde el origen mas remoto de las sociedades humanas, mientras que en derredor suyo desaparecieron grandes imperios, y se transformaron todas las naciones. La India y

especialmente la China han permanecido casi inmutables en su religion, en sus costumbres y en cuanto constituye la civilizacion de los pueblos, siendo esto mas notable, cuando su prodigiosa cronología se remonta á las épocas mas lejanas; y puesto que fueron precursoras de las naciones de Occidente en ciencias, en poesía, en historia, en filosofía y en religion, debemos conocerlas para conocernos á nosotros mismos.

La lengua en que las obras de la antigua India están redactadas, es el sanscrito, esto es, la lengua perfecta, que aunque no se usa en la vida comun, aprenden los brahmas para llegar á entender los libros sagrados y filosóficos. De la riqueza, flexibilidad y construccion regular de esta lengua y tambien de las numerosas obras que se conservan en sanscrito, se ha deducido cuán grande debia ser la cultura de la antigua India, antes que la invasion mahometana paralizara su progreso. El inglés Colebrooke, célebre orientalista, trajo á Europa en 1816 una coleccion de obras sanscritas, entre las cuales hay 211 *Vedas*, (libros religiosos,) 149 obras filosóficas, 100 de dialéctica y lógica, 239 de poesía sagrada y 200 de profana, y además 57 de medicina, 67 de matemáticas y astronomía, 251 de derecho y 136 de gramática.

Los indios poseen en primera línea, los cuatro libros principales de religion, que segun el juicio de personas competentes, fueron redactados en el siglo XIV antes de Jesucristo, y las leyes de Manu, primer legislador de la India, que es probable aparecieran doce siglos antes de nuestra era.

Pero lo que debe llamar nuestra atencion son los libros de poesía, donde mas brilla la fantasia oriental bajo todas las formas, ora en poemas épicos y dramas, ora en composiciones didácticas y líricas. Los dos poemas épicos *Ramayana*, la transformacion de Rama, y *Mahabharata*, el gran rey de la India, que debieron aparecer en la misma época que los cantos de Homero, diez siglos antes de Jesucristo, son la

creacion mas gigantesca que realizara el ingenio humano. Es de presumir que estos poemas se formaran de los cantos aislados de diferentes rapsodas, si bien no es esta la opinion de los indios, que los atribuyen á Valmiki y á Uyasa. Compónese el primero de 24,000 *slokas*, disticos de 16 sílabas, y el segundo de 100,000. Muchos de los episodios contenidos en estos poemas, donde como en todas las epopeyas antiguas se mezclan los dioses con los héroes, son de gran importancia, unas veces por sus bellezas poéticas, otras por sus profundas apreciaciones filosóficas.

Pero, como dice el conocido escritor alemán Juan Scherr, las tradiciones épicas de la India, envueltas en abstracciones sobrenaturales, cansan nuestra imaginación, mientras el drama indio nos conmueve y arrebató porque en él, hallamos hombres con corazones como los nuestros, que agitan sensaciones y pasiones como las nuestras propias. El amor, ora con suaves acentos, ora con los mas dolorosos quejidos de los celos y la ira, sostiene generalmente el interés de los dramas indios. La parte cómica consiste las mas veces en ridiculizar á los brahmas, burlándose de su arrogancia y su avidez, del mismo modo que en la edad media todas las sátiras y libelos eran dirigidos á los Papas y á los frailes. Y es notable esta mezcla de lo sério y lo alegre, de lo patético y lo cómico, particularidad que encontramos mas tarde en Shakespeare y Calderon. Descuellan entre los numerosos dramas que cuenta la literatura india, los dos titulados *Sakuntala* (el anillo de alianza) y *Vikramowasi* (el héroe y la ninfa) ambos de Kalisadas, célebre tambien como poeta épico y lírico.

Al mismo tiempo que el drama floreció en la India la poesía lírica, que aunque consagrada especialmente al amor, nos da muestras de su gran cultura en algunas composiciones didácticas. Entre los poetas líricos de mas fama, citaremos á Kalisadas, Amaru, Bhartrihari, Tschaura y en particular á Jayadevas, autor del idilio Gitagoviada, que canta los amores del dios Krischna y la pastora Badha, el cual se puede comparar por su sencillez y delicadeza con el libro hebreo de los Cantares.

Ocupa tambien un lugar muy importante en la literatura india, una preciosa coleccion de fábulas, que debemos tener en gran estima tanto por ser el origen de todos los apólogos antiguos y modernos, como por su sencillez y naturalidad. En ninguna nacion pudieron tener las fábulas mas aceptación que en la India, no siendo esto de extrañar, si se atiende á que los indios, segun sus ideas religiosas, pretendian que todos los animales eran racionales. Como primer fabulista se cita á Bidpai, que en este género tiene quizá mas fama que Esopo.

La literatura moderna de la India ha decaído bajo todos conceptos; y si la cultura de aquel país ha perdido su antiguo esplendor desde que naciones extrañas le invadieran, arrebatándole sus libertades nacionales, es sensible que aquellos hombres de imaginación ardiente, de tan profundos conocimientos en las ciencias y en la filosofía, que tan colosales obras crearon, no dejarán quien pudiera sucederles al bajar al sepulcro. Parece que con la nacionalidad se ha extinguido en la India la activa fantasía de grandes inteligencias que todo lo embellecían y vivificaban.

Aunque someramente, como hasta aquí, echaremos ahora una rápida ojeada sobre la literatura de los demás pueblos de Oriente, cuyo primer puesto ocupan por su reconocida importancia la China y la Arabia.

(Se continuará.)

AUGUSTO FERRAN

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Cristina se engañaba. Si el alma de su madre hubiera podido descender del cielo, lo habría hecho estendiendo sus alas sobre la car-

ta que su hija recibía, para impedirle el que la leyera; pero Cristina estaba sola, un rayo del sol saliente iluminaba las copas de los saucos, mil recuerdos de amor se despertaron en el corazón de la joven, y trémula de emoción leyó lo que sigue:

«Cristina, no puedo escribirte mas que unos renglones, porque una larga carta sería difícil de ocultar y no podría enviártela fácilmente. Permite el cielo que tu alma escuche la mía, y que adivines lo que te callo. Amiga mía, ya lo sabes, mi familia me recomendó á tu padre, dándole sobre mí la mas grande autoridad, tu padre puede emplearme á su antojo segun las exigencias de su comercio, y ahora mismo, Cristina, acabo de recibir la orden de embarcarme para Batavia.»

Un grito se escapó de los labios de Cristina, y sus ojos resplandecientes de lágrimas devoraron las siguientes líneas:

«Tu padre nos separa para siempre poniendo entre nosotros la inmensidad de los mares. ¡No verte mas, Cristina! ¡no verte mas! Es imposible. No, mi adorada Cristina, no, esposa mía, es necesario vivir y morir juntos. Muerta tu madre, tu presencia no es ya necesaria en esa casa, donde nadie te compadece ni te quiere: horrible porvenir te espera en ella. Pero aquí estoy yo, lleno de amor y de cariño, ven, yo te llamo, ven, huiémoslos juntos. En el puerto de Helder, hay una multitud de buques; cualquiera de ellos nos llevará á los dos bien lejos de estos sitios en que tanto hemos padecido: todo lo he previsto, y todo lo tengo preparado, ven, Cristina, te espero. En tu contestación está mi vida, y te digo de antemano, que no quiero vivir sin tí. ¡Separados para siempre!... si firmas la sentencia, no acabaré la triste vida que Dios me ha destinado, y moriré diciendo: «Día bien desgraciado para mí fué aquel en que ví por primera vez á mi Cristina, ese día fue mi vida toda!» Y tú, Cristina, tú, lejos de mí, ¿amarás á otro... ó vivirás sin amor?... ¡Oh! ven, ¡he padecido tanto sin tí!... Nos iremos á España, á Sevilla, la patria de tu madre, á ese país en que se ama en el mismo instante que se vive, y en donde se abandona la existencia cuando ya se ha dejado de amar! ¡Te llamo y te espero, Cristina! Esta noche á las doce vente á las orillas del río, que allí estaré yo: un porvenir de felicidad se abre para nosotros, ven, querida Cristina, ven conmigo.»

En tanto que la joven leía, un torrente de lágrimas inundaba, contra su voluntad, la carta de Herbert; terrible fue aquel instante. Cristina amaba con pasión, pero era joven, y el amor no había podido dar aun á su alma pura la audacia necesaria para desafiarlo todo. La joven se estremecía y temblaba. Las palabras oídas en la casa paterna, las piadosas amonestaciones de su tío Guillermo, las santas plegarias que había aprendido siendo niña, resonaban aun tiempo en sus oídos; su Cristo de madera parecía abrir los ojos para mirarla, y las cuentas de su rosario ardían con la presión de sus dedos.

—¡Oh! ¡es mi sueño, mi sueño! ¡Herbert llamando á su esposa; mi madre llamando á su hija! ¡Herbert, la vida y el amor; mi madre, la muerte y el cielo!... ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!—esclamó Cristina sollozando.

Un instante se puso á considerar el porvenir diciéndose que no se iría, que permanecería en aquella triste casa, que viviría aislada llorando á Herbert, envejeciendo como él, sin madre á quien amar, entre aquellas paredes sombrías, donde nunca volvería á oírse ninguna palabra de cariño; pero al punto volvió los ojos con horror, conociendo que aquel porvenir era imposible. Entonces echó á llorar amargamente, besó su rosario y su libro de oraciones, como despidiéndose de todo aquello que había visto la inocencia de sus primeros años, y luego su corazón latió violentamente: el fuego de su corazón secó sus lágrimas. Despues se puso á contemplar el río, la vela blanca que parecía invocar desde lejos los juramentos de amor, y lanzó un quejido, como rompiendo irrevocable-

mente los lazos que debían unir su pasado á su porvenir. Su madre no estaba allí ya, y con ella todos los santos pensamientos guardianes de su inocencia habían volado al cielo. Cristina entregada á sí misma, siguió el impulso de su naturaleza abandonada; lloró, tembló, titubeó, y por último dijo:

—Esta noche á las doce iré á las orillas del río.

Y despues se enjugó las lágrimas, y permaneció inmóvil algunos instantes para calmar la horrible agitación en que se hallaba su alma; un porvenir inmenso se desplegaba ante sus ojos; iba á gozar de su libertad, veía todo un mundo desconocido, y una nueva vida estaba próxima á comenzar para ella.

Cristina debió pasar silenciosa todo el día, trabajando con sus hermanas; mil veces rompió el hilo entre sus dedos; su mano olvidaba tirar de la aguja, miraba con ojos distraídos el horizonte, parecía que el tiempo se detenía, y mil confusos pensamientos atravesaban su imaginación: ¡Herbert, el porvenir, una dulce vida de felicidad!...

Por fin llegó la noche. Encendieron luz, y todos se acercaron á la mesa en lugar de trabajar junto á la ventana. Guillermo y Mr. Van Amberg se sentaron tambien; el uno tomó un libro y se puso á leer para sí, y el otro abrió los registros para examinar las cuentas de sus operaciones comerciales. El mas profundo silencio reinaba en el aposento; la lámpara no alumbraba completamente á nadie, y todos los ojos estaban tristes como los corazones; la juventud, la vejez, la indiferencia, la agitación, el dolor, todo estaba cubierto con el mismo velo; ¡solo el silencio dominaba allí! El reloj daba lentamente las horas que se iban sucediendo, y cuando dió las diez, hubo un movimiento en derredor de la mesa; los libros se cerraron, y concluyéronse las labores. Carlos Van Amberg se levantó: sus dos hijas mayores se acercaron á su padre, que las besó en la frente, aunque sin pronunciar palabra. Cristina que, aunque libre, sabía que estaba aun en desgracia, no hizo mas que inclinarse ante su padre. Guillermo, medio adormecido con su lectura, se metió lentamente sus anteojos en el bolsillo, murmurando algunas palabras que acaso querían decir: «Buenas noches;» pero en voz tan baja, que se detuvieron en sus labios y nadie las oyó. Cada cual salió de la sala á pasos lentos y silenciosamente; las tres hermanas subieron juntas la escalera de madera, y Cristina al entrar en su cuarto sintió que se la sofocaba el corazón. Entonces se volvió y miró de lejos á sus hermanas; el corredor estaba muy oscuro, y la luz que llevaba cada una de las jóvenes no alumbraba mas que su persona, haciéndolas parecer blancas apariciones que atravesaban las sombras de la noche.

—¡Buenas noches, Wilhelmina! ¡Buenas noches, María!—murmuró Cristina.

Las dos hermanas se volvieron, y Cristina pudo ver que sus dulces fisonomías se sonreían, al mismo tiempo que apoyaban sus manos en sus labios para enviarla un beso, despues de hecho lo cual se alejaron sin romper el silencio.

Cristina entró en su cuarto y abrió la ventana; la noche estaba serena, y solo algunas nubes pasaban de cuando en cuando por la luna velando por instantes el plateado resplandor de sus rayos. Cristina no hizo ningun preparativo para su marcha; únicamente tomó el rosario que le había dado su madre, y la cinta azul de la guitarra; cubrióse con su manteleta negra y se fué á sentar junto á la ventana con el corazón bien agitado y bien contristado el ánimo. Todo su cuerpo temblaba, y sin embargo no experimentaba ningun terror; sus ojos se hinchaban de lágrimas, y no experimentaba ninguna pena. Para ella, aquella noche era menos triste que solemne, el momento de la lucha había pasado, y Cristina bien resuelta ya, esperaba.

¡Qué diferente puede ser una hora en nuestros destinos! Para Wilhelmina y María que dormían, aquella hora no era nada; para Guillermo que estaba entre despierto y dormido,

tenia su valor verdadero; para Carlos Van Amberg que trabajaba, era bien corta, y para Cristina que estaba esperando era una hora interminable. La joven miraba al cielo y se sumergía en sus pensamientos, sin poder comprender aquella calma de todas las cosas en presencia de la agitación de su alma.

—¡Con que de este modo,—se decía,—está pasando la noche en todo el mundo! Nada agita el aspecto de su negro manto, ya se estienda sobre los dichosos de la tierra, ó ya cubra los infortunados cuyo corazón se halla desgarrado! La noche es el silencio eterno, el eterno reposo!... Y la joven inquieta y asustada añadía en voz baja,—¡Dios mío, que sombrío y silencioso está todo en mi alrededor! ¡Herbert, qué ganas tengo de oír tu voz!

Y Cristina se puso á llorar como una niña.

Por fin llegó el momento en que el reloj de la casa encarnada dió lentamente las doce, resonando cada golpe en el corazón de Cristina, que se levantó y permaneció inmóvil un instante, al cabo del cual reuniendo todas sus fuerzas, su valor y su voluntad, y volviéndose hacia el interior del aposento murmuró:—¡Adios, madre mía!

Muchos seres vivientes reposan bajo aquel techo y Cristina creía separarse solo de aquella que ya no existía.

—¡Adios, madre mía!—repitió, y se acercó á la ventana para ejecutar el plan que había concebido en su cabeza. En la corta distancia que separaba la ventana del suelo había una espaldadera de enredaderas; Cristina se agarró á ella y bajó lentamente deteniéndose cada vez que con sus pies ó manos hacia algún ruido entre las hojas secas. El silencio era tan grande, que el rumor mas ligero parecía que podía turbar el reposo general: el corazón de la joven latía de tal modo que se ahogaba. Al fin, alcanzó la tierra, y al poner en ella sus pies no se atrevió á moverse, pareciéndola que la veían ó que la oían, pero en cuanto estuvo quieta un instante el ruido cesó, volviendo á reinar de nuevo aquel silencio á la vez terrible y consolador.

(Se continuará.)

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION.)

Los dos jóvenes estaban tan acostumbradas á oír á Edmundo hablar de grandes cantidades que sintieron poca alegría por el aumento de fortuna de Mr. Guinguet. ¿Qué eran mil francos para quien estaba acostumbrado á ganar seis veces mas en un solo día de especulación?

Sin embargo, Constanza que oía los suspiros del pobre escribiente que adoraba á su cruel amante, reprendía muchas veces á Pelagia por su conducta.

—¿Qué queríais que hiciera? decía Pelagia. Si me ama efectivamente, debe conceptuarse feliz porque le permito que venga á verme todas las noches; pero me hace reír; hay días que entra, se sienta en una silla y no despegala los labios en dos horas.

—Eso lo hace únicamente cuando no le contestais á su saludo ó cuando os está mirando; pero este joven os ama de veras y desea casarse con vos; si no le queréis, debéis decírselo y no hacerle esperar en vano.

—Yo no le he dicho jamás que tuviera esperanza; pero vamos á ver; queríais que me casara no teniendo mi marido mas que mil francos de sueldo para que me llevara á comer un domingo á algún mal figon; os agradezco vuestros buenos deseos, pero que no encontraré esto muy bueno como dice mi tío. Yo querria que Mr. Guinguet tuviera el genio de Mr. Edmundo, pero es demasiado frio, demasiado apático para esto. Vos sí que sois una joven feliz; vos tendreis magnífica casa, diamantes, carruaje; ¿me llevaréis en el coche en que vais?

—Al presente no tengo ninguno.

—¡Oh! ¡qué agradable será, iremos todas las mañanas al bosque de Boulogne, á Saint-Cloud, á Meudon: porque teniendo carruaje podeis ir adonde os dé la gana.

—Mi querida Pelagia, ¿estais loca?

—Podreis ir á ver el mar, pero con un marido que tiene mil francos anuales: mi mayor diversion no será mas que una excursion á Versailles; ¡qué cosa tan divertida!

—¿No es bastante diversion el tener al lado á quien os ama?

—Eso no es una razon para ahogarnos con el polvo de un camino que dura tres horas. Pero Constanza, tendremos un palco en el teatro, es decir, en varios teatros.

—En la Opera, ¿no es eso?

—Sí, en la Opera y tambien en Franconi; yo soy aficionada á caballos. Entonces recibiréis visitas y dareis grandes banquetes, sociedades y bailes.

—Mi querida Pelagia, ¿no sabeis que se necesitaria una fortuna enorme para realizar la mitad de los proyectos que habeis formado?

—Creo que con treinta mil francos anuales bastaria para esto.

—¿Y creéis que Edmundo tenga treinta mil francos anuales que ofrecerte?

—Ciertamente y tal vez mucho mas; vuestro primo está haciendo una fortuna rápida, la última vez que ha estado parecia sumamente feliz y de todo punto contento con sus especulaciones; se frotaba las manos repitiendo, *audaces fortuna...* he olvidado lo demás, pero eran algunas palabras en latin, que sin duda significan «soy muy rico.»

—No lo sé; no sé mas sino que mi primo se ha detenido muy poco, que apenas me contestaba cuando le hablaba y que es mucho menos amable que cuando era menos ambicioso.

La noche del día que había tenido lugar esta conversacion, Edmundo no fué á ver á su prima. A la noche siguiente, Mr. Guinguet se presentó tambien solo; se le notaba algo extraño; estaba evidentemente algo preocupado y se sentó entre las dos amigas sin decir una palabra.

—¿Os ha sucedido algo esta noche? le dijo Pelagia; aunque no llevais vuestro chaleco blanco, vuestra cara dice mucho; ¿qué es esto? ¿os han quitado el sueldo?

—No, señorita, no pensaba en mí.

—¿No pensabais en vos? empieza á interesarme, explicaos.

—Cuando venia aquí me encontré á monsieur Guerval...

—¿A mi primo?

—Sí, señorita, á vuestro primo, parecia abatido; iba tan triste y pálido....

—¡Oh, cielos! ¿estará malo?

—¡Oh! no, señorita, no estaba malo, pero indudablemente tenia algo; primero me apretó la mano de un modo que me hizo daño...

—Bien. Mr. Guinguet, bien, ¿y qué? ¿estais hablando de vuestra mano cuando veis que Constanza está sobre espaldas!

—Por último Mr. Edmundo me dijo: ¿vais esta noche á casa de Mr. Pause? Cuando le hube dicho que sí, sacó una carta de su bolsillo y me la dió añadiendo: dádsela á mi prima, pero tened cuidado de no olvidarla. Yo le prometí cumplir fielmente su encargo y desapareció como un relámpago.

—¿Y la carta, Mr. Guinguet?

—La tengo en mi bolsillo, señorita.

—Dádsela inmediatamente, al instante, dijo Pelagia; lo hubierais debido hacer al principio.

Mr. Guinguet presentó la carta á Constanza que, con mano trémula, rompió la oblea y leyó:

«Mi querida prima: yo debia hacer fortuna y mis primeros esfuerzos han sido los mas felices. Alentado por este principio, me he aventurado demasiado. Las probabilidades estaban á favor mio y creia que pronto estaria en estado de colocaros en una situacion digna de vos; pero todas mis esperanzas han salido fallidas; una baja súbita en los fondos que yo no

podia prever—¿qué he de deciros? estoy arruinado.—Si yo hubiera perdido solamente lo que es mio, podría soportarlo, no me quejaria; pero en este momento debo doble de lo que poseo en el mundo y no puedo cumplir mis compromisos. ¡Estoy deshonorado! esta idea me lleva á la desesperacion, me mata, sí, me mata! la muerte misma es preferible al deshonor. Adios, mi mas querida prima, compadecedme, pero no me maldigais. ¡Adios, para siempre!

Edmundo Guerval.»

La carta cayó de la mano de Constanza que pareció aniquilada por este golpe súbito.

—¡Arruinado! murmuró Guinguet.

—¡Arruinado! repitió Pelagia.

Constanza se repuso prontamente y exclamó: ¡Oh, Dios! piensa suicidarse, puesto que me dice, adios para siempre. ¡Suicidarse por falta de dinero teniéndole yo! pues qué ¿no es suyo todo lo que me pertenece? ¿puede dudar de esto? Salvémosle, impidámosle la ejecucion de su terrible proyecto; pronto, Pelagia, mi schal, mi sombrero; jamás creí que saldría así á la calle. Mr. Guinguet, espero que me acompañareis; venid pronto y tal vez podamos salvar aun á Edmundo.

Y cogiendo el brazo del escribiente descendió los escalones de cuatro en cuatro y con la mayor rapidez. Mr. Guinguet podía apenas conservarse á su lado, pero interiormente decia: ¡cómo le ama! yo tomaria voluntariamente veneno todos los días con tal de que la señorita Pelagia me amara de este modo. Así que estuvieron en la calle, Constanza le hizo apresurar el paso diciéndole, conducidme, Mr. Guinguet y andad de prisa porque seria horroroso el que llegáramos demasiado tarde.

—Sí; señorita, os conduciré, pero no me habeis dicho adonde.

—A casa de Edmundo, ¿sabeis dónde vive?

—Sí; señorita; pero dudo que le encontremos.

—Lo sabremos bien pronto; pero yo necesito verle.

—Guinguet pensó en su interior, si su primo no está en casa, no sé dónde le veremos.

Cuando llegaron á la casa, Constanza se separó de su acompañante y corrió á preguntar al portero; porque cuando nos hallamos bajo una impresion grande, olvidamos las costumbres de la sociedad, y la joven no pensó en aquel momento en lo que podría parecer su visita á una hora desusada en la habitación del joven.

Edmundo no estaba en casa; hacia algunas horas que había salido y no se sabia dónde estaba. Un gran peso pareció caer sobre el corazón de la desgraciada Constanza; sin poder apenas respirar, se volvió trastornada adonde estaba su compañero. No está en casa, le dijo, ¿sabeis dónde estará?

—Yo digo otro tanto cuando le encontré no tenia trazas de ir á su casa á acostarse.

—Debemos encontrarle; venid, Mr. Guinguet, continuemos.

—Ciertamente, señorita, pero ¿á dónde vamos?

—A la bolsa.

—Señorita, las gentes que frecuentan la bolsa no van á ella á esta hora porque está cerrada.

—Iremos á los cafés, á los teatros, ¿cómo he de saber á dónde?

—Mr. Edmundo no parecia en traje de ir al teatro.

—Sin embargo, Mr. Guinguet, mi primo, debe estar en alguna parte y le hallaremos.

Al decir esto empujó hacia adelante á su compañero sin saber adonde iban. Cada hombre que pasaba y que tenia la estatura de Edmundo le hacia creer á Constanza que era su primo y decia: «allí está.» Mr. Guinguet corria detrás de quien quiera que fuese y volvía despues diciéndole: no era vuestro primo ni de cerca tenia semejanza alguna con él. Mr. Guinguet tenia además que entrar en cada café por donde pasaban por ver si se le podía encontrar allí. De este modo emplearon tres horas en andar por las calles; Constanza perdió la esperanza de encon-



El oso blanco.

trarle; no lloraba, pero tenia la frente ardiendo y se hallaba próxima á caer al suelo.

Mr. Guinguet habia estado en cincuenta cafés; habia corrido tras de unos veinte transeuntes y no habia adelantado nada; estaba rendido y fatigado pero no se atrevia á decir una palabra; la jóven no se quejaba y un hombre no querrá mostrar menos valor que una mujer cualquiera que sea su sufrimiento. Sin embargo eran las once y media dadas y Mr. Guinguet se aventuró á decir: es muy tarde y temo que Mr. Pause y la señorita Pelagia estarán con mucha inquietud.

—¿Es muy tarde?

—Las once y media dadas.

—Entonces debe haber vuelto.

—¿Mr. Pause? sin duda alguna; ya habrá vuelto á estas horas.

—Mí primo, Mr. Guinguet, es á mi primo á quien busco; venid, volvamos á su casa.

Era inútil el hacer observacion alguna; monsieur Guinguet echó á andar creyendo que este paso sería tan inútil como los demás pero sin dejar de repetirse á si mismo ¡de que manera es amado este hombre! ¡dichoso Edmundo! ¡y piensa suicidarse! ¡y se queja de su suerte! ¡bien hacen en decir que el amor es ciego!

Cuando llegaron cerca de la casa, Constanza temblaba tan violentamente que se vió obligada á detenerse; conocia que si Edmundo no ha-

bia vuelto toda esperanza estaba perdida; dominando su emocion se precipitó y llamó á la puerta.

—Mr. Edmundo Guerval está en casa desde hace un cuarto de hora, dijo el portero.

—¿Está en casa! gritó Constanza y sin esperar para ver si su compañero la seguia, subió rápidamente la escalera.

¡Era tiempo aun! porque Edmundo despues de haber pasado la noche recorriendo las calles de París y reflexionando acerca de su cruel situacion, habia pensado que el único medio que le quedaba era el suicidio. Es verdad que tenia un medio mejor de arreglar sus asuntos á fuerza de trabajo, paciencia y perseverancia pero en



Edmundo y su prima.—Reconciliacion. (Capítulo VI.)

nuestros días la paciencia la perseverancia y el amor al trabajo son menos comunes que las balas de pistola y sin embargo los hombres pretenden que nuestros días son los de una época de mejora, de progreso; en el modo de dar banquetes es muy posible que sean de progreso, pero respecto al sentido común decimos precisamente lo contrario de la verdad.

Edmundo había vuelto completamente deci-

dido á poner el punto final á todas sus penas; había cargado sus pistolas colocándolas delante de él sobre una mesa; por algunos momentos pensó en su corta carrera y sin duda alguna su hermosa prima tenía no poca parte en su pesar y era bien digna de ocupar su pensamiento. Edmundo había cogido ya el arma fatal cuando Constanza entró impetuosamente en la habitación y cogiéndole el brazo que tenía es-

tendido se echó á sus pies exclamando: primo mío ¿quéreis matarme á mí también?

La pistola cayó de su mano; miró por un instante sus bellos ojos que derramaban un torrente de lágrimas y que parecían llamarle; la ternura sucedió á la desesperación y se echó sobre una silla exclamando: ¿quéreis que viva deshonrado como lo estaré si no puedo cumplir mis compromisos?



Modas de otoño.

—¿Habeis olvidado que todo lo que yo poseo es vuestro? Tomad toda mi fortuna, os lo ruego, os lo mando en nombre de nuestras dos madres, que tanto se complacían en miraros como mi protector, como el marido que los cielos me habían destinado.

—Constanza ¿podeis soñar tal cosa? ¿qué tome vuestra fortuna! ¡Oh! ¡si lo supierais todo! si yo pagara lo que debo apenas os quedaría un franco.

—¿Y qué importa? ¿Creeis que seré yo feliz si tuviera que llorar vuestra muerte? Edmundo aceptareis mi fortuna, debéis hacerlo así; pronto dadme una pluma y papel para que pueda escribir á mi banquero. ¡Ah! ¡soy tan feliz que apenas puedo escribir en este instante!

Y colocándose delante del pupitre, la joven escribió con tal placer que su primo no podía hacer mas que mirarla en silenciosa admiración. Un poco mas allá en un rincón de la habitación estaba de pie Mr. Guinguet diciendo

como un niño entre sollozos: ¡qué acto tan noble! ¡qué cariño! ¡de qué manera es amado este hombre! ¡Ah! señorita Pelagia cuán feliz sería yo si pudiera inspiraros la vigésima parte de un amor como este!

Constanza acabó de escribir y Guinguet dejó de llorar; Edmundo había consentido en recibir el auxilio ofrecido por su prima; eran felices otra vez, sus disgustos estaban olvidados y ya formaban planes para el porvenir. Constanza parecía no sentir ni el mas mínimo pesar por la fortuna que acababa de dar.

Mr. Guinguet advirtió nuevamente que era muy tarde; los amantes se separaron después de una tierna despedida y prometiéndose verse al día siguiente. Constanza volvió á casa de Mr. Pause y mientras que su fiel acompañante contaba allí todo lo que había sucedido, ella estaba con los ojos bajos y con aire confuso como un criminal que espera su sentencia.

(Se continuará.)

EL ALUMBRADO DE GAS.

Si procuramos traer á nuestra memoria las innumerables y variadas aplicaciones que de las ciencias se han hecho á las artes, á la industria y en general á la civilización, podremos distinguir desde luego tres de estas aplicaciones, que por las grandes ventajas que han proporcionado á la humanidad descuellan por encima de todas las otras

quali solent inter viburna cupressi.—Virgilio.

Como suelen los cipreses
Entre arbustos descollar.

El alumbrado de gas, la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico son estas tres grandes aplicaciones, que nosotros colocamos á la cabeza de todas esas otras sin número y también muy notables, que para satisfacer las distintas necesidades de la vida encuentra hoy el hombre á cada paso, y que son otras tantas victo-

rias, que ha alcanzado su inteligencia sobre las admirables y encubiertas leyes del mundo material.

Solamente con atender á los nombres que en el lenguaje comun tienen estas tres aplicaciones, nombres tan genéricos y tan universales, como gas, vapor y electricidad, cosas todas que por dó quier abundan en la naturaleza, pudiera desde luego deducirse la universalidad que habian de llegar á alcanzar en la satisfaccion de nuestras necesidades, y en los usos de las artes y de la industria. Ninguna de estas tres aplicaciones, como con otras sucede, nos trae á la memoria con su nombre el nombre del genio que las dió á conocer, ni el lugar en que por primera vez se ensayaron, ni el día cuya luz alumbrara estos ensayos. ¿Porque?

Porque ni Murdoch ni Winsor fueron los inventores del alumbrado de gas, ni Blasco de Garay ni Watt los de la máquina de vapor, ni Salvá ni Morse los del telégrafo eléctrico; porque estos hombres ilustres no fueron mas que perfeccionadores; porque fue la humanidad entera la inventora; porque la humanidad entera fue la que desde los tiempos mas remotos habia fijado ya su atencion en los gases inflamables que salian de las aberturas y cavidades de la tierra en determinados parajes, como sucedia, por ejemplo, con los fuegos santos de Bakú, adorados en la antigüedad por los pueblos salvajes que habitaban las costas del mar Caspio; porque la humanidad entera fue la que desde tiempos tambien muy remotos habia fijado su atencion en la fuerza que poseia el agua cuando hervia para hacer girar una esfera que tuviese de antemano dispuestos unos agujeros para dar salida al vapor que en su interior se formaba (1); porque fué, en fin, tambien la humanidad entera la que habia fijado su atencion desde los tiempos de Plinio en la propiedad que poseia el ambar amarillo de atraer las pajitas como el iman atrae el hierro, primera noticia que se tiene de la electricidad.

Y así como encontramos una imposibilidad en determinar á punto fijo el limite de la sombra que proyecta un cuerpo cualquiera expuesto á la luz del sol, así tambien nos es imposible decir, este es el primer ensayo que dió origen á ese aparato, pequeño en magnitud pero grande en esencia, que nos pone hoy en instantánea comunicacion con los mas apartados confines del mundo; este es el que dió origen á esa poderosa máquina que en horas nos hace recorrer los espacios que antes en meses no podiamos salvar; este el que fué la causa de establecer en nuestras calles un alumbrado que puede llevar verdaderamente este nombre.

¿Tendremos acaso necesidad de probar la excelencia de estas tres aplicaciones, que hemos citado, para hacer ver la preferencia que en nuestra opinion tienen sobre todas las otras que hasta el día se conocen? Son importantes aplicaciones científicas, á no dudarlo, la fotografía, la galvanoplastia y otras muchas que pudieran citarse ¿puede, sin embargo, compararse su importancia con la importancia de la máquina de vapor y del telégrafo eléctrico? ¿Puede tampoco compararse con la importancia del alumbrado del gas? De ninguna manera.

No nos detendremos aquí á esponer las inmensas ventajas que la civilizacion debe á la máquina de vapor y al telégrafo eléctrico ¿quién no ha podido apreciar ya por si mismo, palpar, por decirlo así, los beneficios que reportan estas dos aplicaciones, verdaderos símbolos de nuestro siglo, y de las victorias que en sus días á llegado á alcanzar la inteligencia humana sobre la materia? ¿Tendremos tampoco necesidad de hacer ver la importancia del alumbrado de gas?

Cuando aquellos de nuestros lectores que por la blancura de sus cabellos, por las arrugas de su rostro manifiesten haber nacido á fines del pasado siglo, ó á principios del presente traigan á su memoria las débiles y amortiguadas luces que en sucios y miserables fa-

roles alumbraban, si con justicia puede emplearse esta voz, lo mismo la anchurosa plaza que la estrecha y apartada callejuela, sin pretender que recuerden aquellos mas apartados tiempos, pero tampoco muy remotos, en que la amarilla vela de sebo ó el dorado velon de Lucena eran las bujías de mas lujo que nuestros abuelos podian presentar en los salones de su casa cuando en ella congregaban á sus amigos y deudos; cuando traigan á su memoria las muchas ocasiones en que al salir de la tertulia que solian frecuentar tuvieron que encender su preparada linterna para no correr el riesgo de dar sin ganas un beso al guardacanton de una esquina, ó á la mula de alguno de los carros que por aquellas horas de la noche recorrian, y por desgracia algunos todavia recorren las calles con una mision demasiado sabida de nuestros lectores para que aquí la recordemos, cuando recuerden los que disfrutaban de posicion holgada la sombría y terrorífica figura, que se destacaba entre las tinieblas de la noche, del criado que con encendido cirio les acompañaba hasta la casa, al llegar á la cual se apagaba el hacha en un sitio destinado *ad hoc* en los portales, y que conocia con el nombre de agujero de *apagar hachas*; cuando recuerden todas estas y otras distintas escenas tan dignas de eterna memoria, y establezcan una comparacion con lo que en el día de hoy sucede, cuando vean los brillantes faroles de gas, que al mismo tiempo que envian en su derredor clara y resplandeciente luz son elegantes en su forma y limpios en su exterior (2), cuando vean la claridad de que pueden disfrutar en los paseos, en los teatros, en las tiendas, en todos los lugares, en fin, en que durante la noche ha de reunirse mas ó menos gente, estamos seguros que no podrán menos de exclamar:

«¡Oh venturoso siglo diez y nueve!

siquiera no sea el siglo de las luces, como con exageracion algunos te llaman, eres por lo menos el siglo de la luz, y de luz abundante y pródiga pues tu gas no lo escatimas ni en las noches en que nos alumbraba la luna, como en los días de antaño acostumbrábamos hacer con nuestros faroles de aceite.»

Pero como creemos perdido el tiempo que sigamos empleando en probar la importancia del alumbrado de gas, estando, como de seguro creemos que está, en el convencimiento de todos la verdad de esta importancia, pasemos á decir algunas palabras sobre el origen de este adelanto de la moderna civilizacion.

Dejamos dicho ya mas arriba que con dificultad podria encontrarse en la historia de las ciencias físicas el nombre del verdadero inventor del gas, ó para hablar con mas propiedad, del inventor del alumbrado de gas; pues la invencion del gas no ha podido tener lugar, toda vez que gases inflamables, como el que sirve para el alumbrado de las calles, han existido y existen desde los primeros días de la existencia del mundo.

Desde que los seres orgánicos, tanto los del reino animal como los del reino vegetal, fueron creados y quedaron sujetos por las leyes inmutables de la naturaleza á descomponerse y reducirse al estado de putrefaccion, empezaron á existir como resultado de esta descomposicion y putrefaccion gases enteramente iguales á los que pueden producirse artificialmente por medio del calor, y de los cuales, como con estos sucede, unos eran, y otros no, inflamables.

Tan pronto como, despues de creados todos los cuerpos organizados de la naturaleza, empezara á tener lugar la putrefaccion de cualquiera de ellos, tan pronto empezaria á producirse, ó por mejor decir, á manifestarse el gas hidrógeno, que es el que casi por si solo constituye el gas del alumbrado. Vemos, pues, la antigua existencia de este gas, y vemos, por lo tanto, que el gas en si no ha podido ser inventado: lo que ha podido inventarse es la

(2) Abrigamos el temor de que los lectores del *Semanario* en Madrid puedan creer que exageramos las excelencias del alumbrado de gas. No creerán ciertamente lo mismo los lectores que el *Semanario* tiene en Barcelona, en Cádiz, en Sevilla, en Palma de Mallorca, y en otros mil puntos, que tienen verdadero alumbrado de gas.

aplicacion de este gas á las necesidades de la vida y á las exigencias de la civilizacion, entre cuyas necesidades y exigencias puede contarse el alumbrado público.

GERÓNIMO LOBO Y CASALS.

(La conclusion en el próximo número.)

EL OSO BLANCO.

El oso blanco es un animal famoso de los países septentrionales de nuestro continente. Martens y otros muchos viajeros han hecho mencion de él pero ninguno ha dado una descripción tan exacta, que por ella se pueda decir afirmativamente que sea de diversa especie que nuestro oso.

Lo que únicamente resulta es que se debe presumir, si es cierto cuanto nos dicen de él; pero como sabemos que la especie del oso varia mucho, segun los diferentes climas, y que hay osos pardos, negros, blancos y mezclados, la diferencia del color no puede constituir carácter; y por consiguiente la denominacion de *oso blanco* es defectuosa, si la especie es diferente. Hemos visto dos osos pequeños traídos de Rusia, que eran enteramente blancos, y sin embargo no dejaban la menor duda de ser de la misma especie que los osos de los Alpes. Estos animales varian tambien notablemente en el tamaño, viven bastante tiempo y se ponen muy gordos en los parajes en que no son perseguidos, y en que tienen pasto abundante; por lo cual el carácter fundado en el tamaño es tambien equívoco.

Esto supuesto, no habria motivo para afirmar que el oso de los mares del Norte es de especie particular, únicamente por ser blanco y mayor que el oso comun. La diferencia fundada en los hábitos no nos parece mas decisiva que la del color y el tamaño: el oso de los mares del Norte se alimenta de pescado, no se aleja de las riberas del mar; y aun suele habitar en medio de los mares sobre los hielos fluctuantes; pero si se considera que el oso en general, es animal que se alimenta de todo, y que cuando está hambriento, come tambien de todo indiferentemente; si á esto se añade que no teme entrar en el agua, estos hábitos no se reputarán bastante diversos para inferir de ellos, que la especie no es la misma. Agregando á esto que el pescado que comen los osos de los mares del Norte, puede reputarse mas bien por carne que por pescado, pues se reduce principalmente á caláveres de ballenas, de vacas marinas ó terneras de mar, de focas y otros semejantes cetáceos, y esto en un país en que ni hay otros animales, ni semillas, ni frutas en la tierra, y donde por consiguiente no puede subsistir sino de las producciones del mar, resulta ser muy probable que si los osos de Saboya fuesen trasportados á las montañas de Spitzberg, no hallando allí en la tierra ningún alimento, se arrojarían al mar para buscar en él su subsistencia.

No bastando, pues, el color, el tamaño y el modo de vivir para constituir caracteres diferenciales, es preciso atenderse á lo que se puedan deducir de la forma. Todo lo que los viajeros nos han dicho de ella, se reduce á que el oso de los mares del Norte tiene la cabeza, el cuerpo y el pelo duro. Si estos caracteres han sido bien examinados, y si estas diferencias son notables y reales, bastarían para construir otra especie; pero ignoramos si Martens examinó bien, y si en los que le han copiado no hay exageracion. «Es os osos blancos, dice, son de diferente figura que los nuestros: tienen la cabeza larga, semejante á la de un perro, y el cuello tambien largo: ladran ó ahullan casi como los perros cuando están roncos; son mas delgados y ágiles que los demás osos, y casi del mismo tamaño; su pelo es largo y tan suave como lana, y su hocico, nariz y garras de color negro... aseguran que los demás osos tienen la cabeza muy delicada: en los osos blancos se verifica lo contrario, pues por mas golpes que les dábamos en la cabeza con mazos, no podíamos aturdirlos, siendo así que dichos

(1) Experimento hecho en Alejandria, por Heron, mas de un siglo antes de la era cristiana, y que muchos consideran como el origen de la máquina de vapor.

golpes hubieran muerto á un buey.» En esta descripción debe notarse lo primero que según este autor, aquellos osos no son mayores que los de mar, y que, por consiguiente, se debe tener por sospechoso el testimonio de los que han dicho que los osos de mar tenían hasta quince pies de longitud: segundo, que el pelo tan suave como lana, no es carácter que distingue específicamente estos osos, pues basta que un animal habite con frecuencia en el agua para que su pelo sea mas suave y mas espeso. Esta misma diferencia se nota en los castores que tienen el pelo muy áspero y menos espeso los que habitan con mas frecuencia en la tierra que en el agua, y lo que hace presumir que las demás diferencias no son ni reales, ni tan notables como dice Martens, es que Dithmar Blefken, en su descripción de la Islandia, habla de estos osos blancos y asegura haber visto matar en Groenlandia uno de ellos, el cual se puso en pie como los otros osos, sin decir en esta relación palabra alguna de que se pueda inferir que este oso blanco de Groenlandia no fuese del todo semejante á los demás osos. Fuera de que, cuando estos animales hallan alguna presa en tierra, no se toman el trabajo de ir á buscar su alimento en el mar, devoran los renos y demás animales que pueden coger, acometen también á los hombres, y nunca dejan de desenterrar los cadáveres, pero el hambre que padecen frecuentemente en aquellas tierras desiertas y estériles, los obliga á familiarizarse con el agua, á la cual se arrojan para coger focas, ballenatos y pequeñas vacas marinas. A este fin se domicilian en los hielos, donde esperan á aquellos cetáceos y de donde pueden verlos venir y observarlos de lejos; y mientras aquel puesto les suministra subsistencia abundante no le abandonan; de suerte que, cuando en la primavera los hielos empiezan á desmenuzarse, se dejan llevar y viajan con ellos, y como ya entonces no pueden recobrar la tierra ni abandonar por mucho tiempo el hielo en que se hallan embarcados, perecen en medio del mar, y los que llegan con dichos hielos á las costas de Islandia ó de Noruega, se hallan tan hambrientos, que se arrojan á cuanto se les presenta para devorarlo.

Esto ha podido también aumentar la preocupación de que estos osos eran anfibios como las focas y terneras de mar, y que podían permanecer debajo del agua todo el tiempo que querían, pero lo contrario se evidencia por el modo con que los cazan, pues no pudiendo estos nadar sin interrupción mas espacio que el de una legua, se les sigue con una canoa ó barquichuelo pequeño hasta que se rinden de cansados, lo cual no sucedería sino les fuese preciso respirar, pues se zambullirían para descansar en el fondo del mar, pero si se zambullen es por pocos instantes, y el temor de ahogarse les hace dejarse matar á flor de agua.

BUFFON.

CRISTINA REINA DE SUECIA.

Cristina reina de Suecia, nacida en 1626, sucedió á Gustavo Adolfo su padre, muerto en 1633 en medio de sus victorias. Desde muy niña dió á conocer la penetración de su espíritu. Aprendió ocho lenguas, y leía los autores griegos en su idioma en una edad en que los otros apenas saben leer traducciones. Grocio, Descartes y otros muchos sabios fueron llamados á su corte y admiraron su vasto talento. Cuando llegó á edad adulta Cristina gobernó su reino con sabiduría y mantuvo en paz sus estados. No quiso contraer matrimonio á pesar de las instancias de sus pueblos, prefiriendo dedicarse á las letras, y al fin disgustada de la corona abdicó á favor de Carlos Gustavo, su primo. Sucedió esto en 1654, y muy pronto abandonó Cristina la Suecia, y vestida de hombre pasó á Alemania y á Bélgica, donde abrazó la religión católica, abjurando solemnemente el luteranismo. Los jesuitas de Lovaina la impulsaron á entrar en un convento, pero ella dijo que prefería vivir entre los sabios. La

corte de Francia la rindió grandes honores, pero no halló el éxito que esperaba por lo que quiso pasar á Inglaterra, viaje que no realizó porque Cromwell se opuso. Muerto en 1660 Gustavo Adolfo pensó regresar á Suecia, pero los estados no aparentaron apetecer su gobierno y no pudo salir del rango de literato.

Algunos escritores, entre ellos d'Alembert, han criticado sus obras y sus acciones, pero esto no disminuye el mérito de sus máximas y sentencias y de varias de sus cartas y demás escritos.

Falleció en 1689 á la edad de sesenta y tres años, y dispuso que solo se pusiese en su tumba este epitafio: D. O. M. Cristina vivió sesenta y dos años.

A LOS MARTIRES DE SIRIA.

ODA.

La lanza ya blande
el árabe cruel.....
FR. LUIS DE LEON.

El cielo en el Oriente
sangriento miran los mortales ojos
y el astro refulgente
tiembla al ver los despojos
de aquellos campos cual su cielo rojos.

La brisa pasajera
no cruza ya por su quemado suelo
ni agita la palmera,
ni el ave tiende el vuelo
por aquella mansion de desconsuelo.

Aram, (*) sagrado puesto
de redención y bienestar cristianos,
vastísimo desierto
do en tiempos ya lejanos
Jesucristo murió por los humanos.

Cuna del cristianismo
de sagrados recuerdos guardadora,
tu impuro fanatismo
Europa entera llora
cuando tu ceguedad, Aram, deplora.

Tesoro de memorias,
fuente de fé do tantos han bebido,
¿porqué, Siria, tus glorias
en un punto temido
para mas no volver han concluido?

En tiempos ya pasados
nuestros padres pisaron tus caminos:
por nuestra fé cruzados
finaron sus destinos
á manos pereciendo de asesinos.

Lloremos por su suerte
y escribamos sus nombres en la historia
para que se despierte
al par de su memoria,
ardor sediento de cristiana gloria.

Mas ¿aun no satisfecho
se halla de sangre el musulman cobarde?
Porqué con tal despecho
en bélico afán arde?
Teme que su venganza acaso es tarde?

Themis huye aterrada
al ver flotar la roja cabellera
de la guerra empezada,
que ya en Africa impera
en el Indo, en Argel y en Asia entera.

El alto cedro inclina
su copa con dolor: la virgen llora
por el mal que adivina:
por el hijo que adora
la tierna madre el porvenir deplora.

Las hordas tumultuosas
del fanático pueblo, la montaña
descienden presurosas
y la menor cabaña
de llanto y sangre y deshonor se baña.

(*) Así llama á Siria la Escritura.

La madre, que en el lecho
guarda afanosa de su amor el fruto
nutriéndole á su pecho,
cede ante el pueblo bruto
y á las fieras hermanas dá tributo.

El venerable anciano,
cuyo parvo cabello es argentino,
piedad implora en vano
y cual mártir divino
al perecer bendice á su asesino.

Mas ¿donde desolada
con la tierna virgen pudorosa
y en lágrimas bañada,
recorre presurosa
la ciudad por la sangre resbalosa?

Tiene el doble delito
de venerar á Dios y ser doncella:
en brutal apetito
la turba la atropella.....
¡la muerte y deshonor marchan tras ella

Ofúscase la mente!
¿qué piensa hacer con ese tierno niño
ese tropel de gente?
puro es como el armiño.....
el perdón poco es: ¡dadle cariño!

Pero al aire le arrojan
entre ahullidos y alegres carcajadas!...
acaso le recojan.....
las fieras mas odiadas
no son, con ser mas fuertes mas airadas

Mi férvido lamento,
no contrarresta sus horribles planes...
cogerlo al fin del viento
intentan con afanes.....
las puntas... de sus fieros yataganes!

¿Y no ha de haber, quien tienda
una mano amigable al desvalido,
ni su dolor comprenda?
sí! de horror ha latido
el corazón de un príncipe querido.

Abdel-Kader, el solo
que jamás la venganza conociera
si la traición y dolo,
alzó su voz severa
y derribó la criminal bandera.

Caridad! Dulce aroma
que vuelve al corazón la antigua calma,
no bien su faz asoma,
dió fuerzas á su alma
para encontrar de redención la palma!

Contra tales horrores
no ha de haber otro Pedro el Hermitaño?
infames y traidores
con fuerza y con engaño
destrozarán de nuestra fé-el rebaño?

No: que ya alzarse veo
del Redentor del mundo las banderas,
ardiendo en el deseo
de humillar altaneras
al Islam en las playas extranjeras.

Y al fin será borrada
del mapa colosal de las naciones
tu tierra ensangrentada,
que cruzan en legiones
los cuervos, cual fantásticas visiones.

.....

Y vosotros, cristianos,
que perecisteis en martirios crueles
de impuros mahometanos,
vuestrós hermanos fieles
adornan vuestros nombres con laureles.

En la eternal balanza
del soberano Dios de las alturas
el crimen no os alcanza.....
En vuestras preces puras
rogad por las humanas criaturas.

M. OSSORIO Y BERNARD.



Cristina, reina de Suecia.

ACTUALIDADES.

Dentro de poco tiempo, Madrid en vez de adelantar al compás de la marcha de los siglos, se hallará construido en pleno siglo XV, merced al empeño de los arquitectos de moda en remedar en las construcciones modernas el estilo de épocas remotísimas. No hablamos por la casa árabe del Prado, que como capricho de su dueño podría merecer elogios particulares de quien recuerde los episodios de las mil y una noches, pero que muchos no comprenden; hablamos por la ornamentación amanerada de balcones y revocos arlequinescos de un sin número de casas, en cuya fachada puede recorrerse la escala de los colores. Nada más ridículo ni de peor gusto que esas fachadas, imitando en las principales calles de la corte lo que los franceses relegan á sus casas de campo y construcciones rústicas. En efecto, las fachadas de colorines que cada día vemos aparecer en la coronada villa, pueden dar perfecta idea de las jaulas y chozas suizas para aclimatar conejos y criar gallinas.

A pesar de la cruzada que se levantó contra el ferro-carril del Norte, es lo cierto que el público ha aplaudido y aplaude mejoras de que los otros ferro carriles carecían. Así se explica porque teniendo cortinillas los coches de tercera clase de la vía del Norte, se han dotado también con ellas los de igual clase de los otros ferro-carriles, en que cada prógimo se creía transportado en los viajes de invierno, no en wagon, sino en nevera.—Otra ventaja encuentra el viajero en el ferro-carril del Norte que no encuentra en el de Alicante ni en el de Zaragoza, y es el servicio de billetes, que en la vía del Norte se hace andando el tren, y en las otras deteniendo al viajero un cuarto de hora ó mas en las puertas de la estación para recoger los billetes.

La librería del Sr. Bailli-Bailliere se ha trasladado á un local mas grandioso y mas ventajoso para los libros, de manera que el surtido indudablemente será mas completo; pero entre las ventajas que continuará apeteciendo el público, una de ellas será probablemente la baratura.

Singular es el empeño que se pone en Madrid en hacerlo todo mal. A pesar de conocerse prácticamente los inconvenientes de los asfaltos, no solo se han quitado las aceras de piedra de la calle del Príncipe, poniendo en su lugar asfalto, sino que ahora se está ensayando un nuevo sistema de adoquines con asfalto en la misma principalísima calle. El ayuntamiento debiera desengañarse de una vez ó cuando menos ensayar los sistemas en puntos de tránsito, pero no céntricos. La municipalidad de Barcelona ha resuelto recientemente no servirse de mas asfaltos en los empedrados, por haber llevado el gran chasco de quedarse sin aceras en solo cuatro horas de mojarse los asfaltos en las inundaciones del mes pasado. De sentir es, que teniendo inmensas canteras á dos horas de distancia y un ferro-carril que puede acumular en Madrid toda la piedra del Guadarrama, se quiten los enlosados sólidos y eternos por suplirlos con las ficticias y blandas pastas llamadas asfaltos.

MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

Con el mes de octubre la coronada villa vuelve á obtener su interesante y opulento aspecto. Los teatros se abren y ofrecen á sus favorecedores novedades cómicas ó dramáticas á costa de las vigiliadas de los poetas y escritores que durante el verano han recogido abundosos episodios para sus asuntos de drama ó de zarzuela: la política enciende de nuevo sus antorchas mal apagadas con el sofocante calor de agosto,

para enardecer las cuestiones que quedaron sobre el tapete y de cuyo próspero ó adverso resultado esperan no pocos el aumento de sus sueldos, móvil del patriotismo moderno: los paseos se ven concurridos como de costumbre, y los magníficos carruajes, las damas luciendo ricas y costosas galas, todo anuncia que se inaugura la temporada de invierno, la estación fría de los amores, de las intrigas diplomáticas, de los tes-danzantes y de los conciertos caseros. ¡Cuántas esperanzas se conciben, cuántas conquistas se dejan traslucir allí en la lejanía... pero no borremos las ilusiones de nuestros jóvenes lectores. Si, el octubre abre la puerta de ese inmenso salón llamado invierno, en que se baila, se canta, se sostienen gratísimas conversaciones, se reanudan las relaciones interrumpidas, al compás de armoniosas orquestas y con el refrigerante auxilio de ambigús bien surtidos. ¡Dichosa edad y dichosos tiempos en que basta un frac y corbata blanca para gozar de la buena sociedad madrileña!

Pero no podemos decir lo mismo con respecto al bello sexo. A nosotras no nos es permitido presentarnos cien veces con el mismo traje, sino que para cada noche de reunión debemos ofrecer á la vista de nuestros admiradores uno distinto. Y en efecto, ¿no son para admirar estas bellezas del arte que adornan una mujer con cuatro cintas ó media docena de flores hábilmente coloradas? ¿No encanta la gracia con que se sabe llevar una pluma ó la sencillez y naturalidad con que sabe lucirse un adorno de flores?

Cierto que en los salones es donde con mas refinamiento se ensaña la crítica, pero no debe temer la que se presenta con modestia. Los tiros de la murmuración y de la envidia se dirigen siempre contra la arrogancia y la altivez.

Por otra parte las escursiones del verano dan pábulo en los primeros días de octubre á chistes mas ó menos graciosos, á crueles sátiras en recuerdo de las giras campestres, de los bailes al aire libre, de las meriendas rústicas, en que no habrán faltado Nemorosos que cual otros héroes pastoriles hayan dado motivo para llevar de unos á otros labios picantes anécdotas. Un lance imprevisto, una caída grotesca al atravesar un arroyo, un galope desgraciado en algun humilde rocin, son ocasiones mas que suficientes para servir de risueño tema á los turistas de nuestras provincias, á los que no reparan en viajar á trueque de perder las comodidades de la corte.

Pero cuando la conversacion recae en incidentes de los que puede darse por aludido alguno de vuestros amigos, el remedio es bien sencillo... hablad de modas, panacea universal para los intermedios de todas las tertulias y para los entreactos de todos los conciertos. Acordaos de que las modas reinantes en este mes, como representa el figurin, son:

Vestido de gró royal verde oscuro. Adornan la falda tres tiras anchas de la misma tela, pero de color mucho mas claro. Un agremán negro se coloca arriba y abajo de cada tira; chaleco y chaqueta *figaro* de igual tela adornada con agremán estrecho y botones negros. Sombrero gró verde con encajes y plumas negras.

Fichú de tul blanco con terciopelitos, guipur y lazos negros. El encaje inferior es blanco. Corbata de gró verde bordada de negro y con una pequeña gola blanca. Manga de muselina, y otra de tul y encaje.

ADELA.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pá-saje de Matheu.

En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.